

**La Vida
Y
La Muerte**

**El Guardián Mayor
Del
Umbral**

Hemos puesto de relieve en el capítulo anterior la gran importancia que tiene para el hombre el encuentro con el llamado "guardián menor del umbral", importancia que se debe a que percibe este guardián como un ser suprasensible que él mismo ha engendrado y cuyo cuerpo es la manifestación de las consecuencias, anteriormente invisibles, de las propias acciones, sentimientos y pensamientos del discípulo.

Estas fuerzas invisibles se han trocado en la causa de su destino y de su carácter; y el discípulo llega a comprender cómo él mismo, en el pasado, echó los cimientos del presente. Así, su propia esencia se le aparece revelada hasta cierto grado: por ejemplo, sabe por qué tiene ciertas inclinaciones y hábitos; de dónde han procedido ciertos golpes que ha sufrido del destino; se da cuenta del por qué ama una cosa y odia otra, del porqué una cosa le hace feliz y otra desdichado.

La vida visible se le vuelve comprensible por sus causas invisibles; se le revelan ante su mirada los factores esenciales de la vida; la enfermedad y la salud, la muerte y el nacimiento; observa que antes de su nacimiento tejió las causas que necesariamente tuvieron que conducirlo a una nueva vida. Conoce aquel ser que lleva dentro de sí, creado dentro del mundo visible de una manera imperfecta, pero sólo perfectible en este mismo mundo, ya que en ningún otro existe oportunidad alguna de trabajar para su perfeccionamiento.

Comprende, además, que la muerte no puede separarlo definitivamente de este mundo, y así se dice:

- "Antaño vine por primera vez a esta realidad física porque necesitaba la vida de este mundo para la adquisición de cualidades que no hubiera podido lograr en ningún otro. Debo permanecer ligado a este mundo hasta haber desarrollado dentro de mí ser, todo cuanto sólo aquí puede conquistarse. No llegaré a ser, algún día, un colaborador útil en otro mundo, si no adquiero, en este mundo sensible, las facultades requeridas".

Una de las experiencias más importantes del iniciado consiste, pues, en que adquiere un conocimiento y una estimación del verdadero valor de la naturaleza visible, mejores que los que le era posible tener antes de su disciplina espiritual, comprensión que debe justamente a su visión del mundo suprasensible.

Aquel que no posea tal facultad y que, quizá por esta razón, se imagine que las regiones suprasensibles son infinitamente más valiosas, podrá

menospreciar el mundo sensible; pero el vidente sabrá que, sin las experiencias de la realidad visible, se vería reducido a una impotencia absoluta en la realidad invisible.

Para poder vivir en ésta, le es necesario poseer facultades e instrumentos que únicamente puede adquirir en el mundo visible. No puede existir la conciencia del mundo invisible sin vista espiritual, y esta videncia del mundo "superior" se desarrolla gradualmente a través de las experiencias en el "inferior".

Nadie puede nacer en el mundo superior con ojos espirituales si no los ha desarrollado en el mundo sensible, al igual que un niño no podría nacer con ojos físicos si éstos no se hubieran formado ya en el seno de la madre.

Esta consideración hace comprensible el por qué el "umbral" del mundo suprasensible esté custodiado por un "guardián". De ninguna manera alcanza una visión real de esas regiones quien carezca de las facultades necesarias. De ahí que se corra un velo sobre los fenómenos superiores cada vez que, al morir, el hombre entre a otro mundo incapacitado aún para actuar en él. Sólo le será dable contemplarlos cuando haya llegado a la madurez completa.

Cuando el discípulo entra en aquel mundo la vida adquiere para él un sentido enteramente nuevo; ve en el mundo sensible el semillero de un mundo superior, de manera que, en cierto sentido, el mundo "superior", sin el "inferior" parece deficiente. Dos perspectivas se le abren: una hacia el pasado, otra hacia lo futuro. Su mirada se extiende a un pasado cuando la realidad sensible no existía aún; ya hace tiempo que se encuentra por encima del prejuicio de que el mundo suprasensible se ha desarrollado del sensible.

Sabe que en el principio existía lo suprasensible y que de él evolucionó todo lo sensible. Ve que él mismo, antes de venir por vez primera a lo físico, pertenecía a lo suprasensible y que este prístino mundo suprasensible necesitaba pasar por el sensible, para que fuera posible su evolución ulterior. Sólo cuando en el reino de lo sensible se hayan desarrollado seres con las facultades correspondientes será cuando el mundo suprasensible podrá reanudar su curso. Esos seres son los hombres; ellos deben su modo actual a una etapa imperfecta de la existencia espiritual y se les conduce, dentro de esta etapa, hacia aquella perfección que los hará aptos para la continuación de su obra en beneficio del mundo superior.

Desde aquí la perspectiva se dirige hacia lo futuro, y muestra una fase más perfecta del mundo suprasensible que contendrá los frutos cultivados en el mundo sensible. Este mundo sensible, como tal, será trascendido; mas sus resultados se incorporarán a un mundo superior. Así se comprende la enfermedad y la muerte en el mundo sensible. La muerte no es sino la expresión de que el prístino mundo suprasensible ha llegado a un punto más

allá del cual no podría progresar por sí mismo. Una muerte universal hubiera sido necesaria si este mundo no hubiera recibido un nuevo impulso vital, y así, esta nueva vida se ha convertido en una lucha contra la muerte universal.

De entre los remanentes de un mundo en estado de endurecimiento y descomposición, brotaron y florecieron las simientes de un mundo nuevo. De ahí que existan en el mundo la muerte y la vida. La mutación se efectúa lentamente: las partes decadentes del mundo antiguo persisten adheridas a los nuevos gérmenes de vida que de ellas surgieron. Este hecho halla su expresión más clara en el hombre mismo: lleva como su envoltura lo que ha conservado de aquel mundo antiguo y dentro de ella se desarrolla el germen del ser que vivirá en el porvenir. Así, el hombre es un ser de doble aspecto: mortal e inmortal; lo mortal está en su fase final, lo inmortal en la inicial.

Mas sólo dentro de este mundo doble, cuya expresión es la sensualidad física, es donde el hombre adquiere las facultades necesarias para conducirlo a la inmortalidad. Su tarea consiste precisamente en cosechar de lo mortal, los frutos para lo inmortal. Al contemplar su propio ser, tal como él mismo lo ha forjado en el pasado, tiene que decirse:

- "Llevo dentro de mí los elementos de un mundo en decadencia que se hallan activos dentro de mí y cuyo poder sólo poco a poco puedo aniquilar, gracias a los nuevos elementos inmortales que nacen a la vida".

Así, el camino del hombre conduce de la muerte hacia la vida.

Si, a la hora de su muerte, pudiera hablar consigo mismo con plena conciencia, tendría que decirse:

- "Lo precedero ha sido mi maestro; mi muerte es un efecto de todo el pasado, al que estoy vinculado; mas el suelo de lo mortal hizo madurar los gérmenes de mi vida inmortal, los que llevo conmigo a otro mundo. Si no entran en juego más que el pasado, nunca hubiera yo podido haber nacido; la vida del pasado llegó a su fin con el nacimiento. La vida en el mundo sensible es arrebatada a la muerte universal por el nuevo germen vital. El período entre el nacimiento y la muerte es tan sólo la expresión cuantitativa de lo que la vida nueva ha arrebatado al pasado moribundo, y la enfermedad no es sino el efecto prolongado de las proporciones moribundas de ese pasado".

Todo esto nos capacita para responder a la pregunta de por qué el hombre avanza, sólo mediante un trabajo gradual, del error y la imperfección hacia la verdad y el bien. Sus acciones, sentimientos y pensamientos están

dominados, al principio, por lo perecedero y mortal, origen de sus órganos sensorios.

De ahí que estos órganos, y cuanto sobre ellos actúa, estén destinados a perecer. No son los instintos, impulsos, pasiones, ni los órganos respectivos, los que representen lo imperecedero; lo imperecedero latirá sólo en la obra realizada por esos órganos. Sólo cuando el hombre haya extraído de lo perecedero todo lo que sea posible, será cuando pueda descartar los elementos que le servían de base para su desarrollo y cuya expresión es el mundo de los sentidos físicos.

Así, el primer "guardián del umbral" se yergue ante el hombre como la imagen de su doble naturaleza, mezclada de lo perecedero y de lo imperecedero; y su aspecto demuestra claramente cuánto le falta todavía para alcanzar aquella figura luminosa y sublime, que de nuevo pueda habitar en el mundo puro y espiritual.

Se hace visible para el hombre el grado de complicaciones todavía existente con la naturaleza física. En este enmarañamiento se patentizan desde luego los instintos, impulsos, apetitos, deseos interesados y toda forma de egoísmo; así como su subordinación a una raza, a un pueblo, ya que pueblos y razas no son sino escalones evolutivos que conducen hacia la humanidad pura.

Una raza o un pueblo se encontrará a un nivel tanto más elevado, cuanto más perfectamente sus componentes representen el tipo puro e ideal de la humanidad, y cuanto más hayan avanzado en su camino de lo físico y perecedero a lo suprasensible e imperecedero. Por tanto, la evolución del ser humano a través de las reencarnaciones hacia formas nacionales y raciales cada vez más elevadas, es un proceso de liberación al final del cual el hombre aparecerá con armoniosa perfección.

De manera semejante, el paso a través de formas de moralidad y religión cada vez más puras, también es un proceso de perfeccionamiento, ya que cada grado moral sigue conteniendo, al lado de los gérmenes ideales del futuro, el afán de lo perecedero.

Ahora bien, en el "guardián del umbral" descrito, únicamente se presentan los resultados del pasado y solamente contiene aquellos gérmenes de lo futuro que han sido implantados durante el tiempo transcurrido.

Mas el hombre debe llevar al futuro mundo suprasensible todo cuanto pueda extraer del mundo sensible. Si se conformara con aportar solamente lo que el pasado haya entretejido en su contra-imagen, sólo en parte cumpliría su tarea terrenal. Por esta razón, al cabo de cierto tiempo, el "guardián mayor" se une al "guardián menor del umbral".

Nuevamente se describirá en forma narrativa lo que sucede cuando el hombre encuentra este segundo "guardián".

Cuando el discípulo ha reconocido los elementos de los cuales debe liberarse, se presenta ante él, cerrándole el paso, un ser sublime y luminoso cuya belleza es difícil de describir con las palabras de nuestro lenguaje.

Este encuentro tendrá lugar cuando la disociación de los órganos del pensar, del sentir y del querer se extienda al cuerpo físico, de modo que sus relaciones recíprocas y a no estén reguladas por sí mismas, sino por la conciencia superior, emancipada por completo de las condiciones físicas.

Los órganos del pensar, del sentir y del querer se habrán convertido entonces en instrumentos a la disposición del alma humana que ejerce su predominio desde las regiones suprasensibles. El alma, liberada así de todo vínculo físico, se enfrenta con el segundo "guardián del umbral", que habla más o menos como sigue:

- "Te has liberado del mundo de los sentidos, y has conquistado la ciudadanía del mundo suprasensible desde donde podrás actuar en adelante. Por tu parte, ya no necesitarás de tu corporalidad física en su forma actual. Si tu intención fuera solamente adquirir la facultad de morar en este mundo suprasensible, ya no tendrías necesidad de regresar al físico; empero, ahora ¡mírame! Date cuenta de cuan infinitamente estoy por encima de todo cuanto hasta ahora has hecho de ti. Llegaste a tu grado actual de perfección gracias a las facultades que pudiste desarrollar en el mundo sensible, mientras dependías todavía de él; pero desde este momento ha de empezar para ti una nueva era en la cual tus fuerzas liberadas han de seguir trabajando en el mundo sensible. Hasta ahora te has redimido sólo a ti mismo; en adelante, ya libre, podrás colaborar en la liberación de todos tus compañeros del mundo terrenal. Hasta hoy luchaste como individuo; ahora has de buscar tu lugar en el conjunto, para que no sólo tú llegues al mundo suprasensible, sino contigo traigas también a todo lo demás que existe en el físico. Día llegará en que puedas unirte a mí, pero yo no puedo disfrutar de bienaventuranza en tanto que otros permanezcan sin redimir. Como ser liberado individual podrías entrar desde luego en el reino de lo suprasensible, pero quedarías entonces obligado a mirar hacia abajo, hacia los seres del mundo sensible que todavía no lo trascendieron; habrías apartado tu destino del suyo, a pesar de estar tú con ellos inseparablemente unido. Todos tuvisteis que descender al mundo sensible a fin de sacar de él las fuerzas necesarias para un mundo superior. Si te separaras de ellos harías mal uso de unas fuerzas que sólo en comunidad con ellos pudiste desarrollar. Tú no hubieras podido descender si ellos no hubieran descendido, y sin ellos hubieras

carecido de las energías para tu existencia suprasensible. Debes pues, compartir con tus hermanos los poderes que junto con ellos conquistaste. Por eso te vedaré la entrada a las regiones más elevadas del mundo suprasensible en tanto no hayas aplicado iodos las fuerzas adquiridas en bien de la redención del mundo al que perteneces. Con los poderes ya conquistados debes morar en las regiones inferiores del mundo suprasensible; pues yo guardaré la puerta de las regiones superiores vedándote la entrada, como el Querubín con la espada flamígera ante la puerta del Paraíso, mientras te queden fuerzas no usadas en el mundo sensible. Si rehúsas servirte de ellas, otros vendrán que sí han de aplicarlas y un mundo suprasensible más elevado recogerá todos los frutos del sensible, mientras el suelo donde estabas arraigado se hundirá bajo tus plantas. El mundo purificado te sobrepasará en su desarrollo y tú quedarás excluido de él. Así hollarías el sendero negro, en tanto que los demás, aquellos de quienes te apartaste, seguirán el sendero blanco".

Así se manifiesta el "gran guardián del umbral", poco después de haber tenido lugar el encuentro con el primero. El iniciado sabe exactamente qué suerte le espera si atiende a la seducción de una estancia prematura en el mundo suprasensible. Un esplendor indescriptible irradia del segundo guardián del umbral; la unión con él aparece ante el alma vidente como una meta lejana, acompañada de la certidumbre de que esta unión no será posible sino cuando el iniciado haya aplicado en beneficio de la liberación y redención de este mundo, todas las fuerzas obtenidas en él.

Si atiende a las demandas de este alto ser resplandeciente, el iniciado contribuirá a la liberación del género humano, ofrendará sus dones como sacrificio en el altar de la humanidad. En cambio, si prefiere su elevación prematura al mundo suprasensible, la corriente de la evolución humana pasará por encima de él y lo dejará atrás. Después de su liberación ya no puede lograr para sí mismo beneficio alguno del mundo sensible, lo que implica que pone su trabajo al servicio de este mundo, renunciando a sacar cualquier provecho personal.

No puede inferirse de lo anterior que el hombre, al verse puesto ante esa alternativa, elija natural y espontáneamente el sendero blanco. Esto depende totalmente de si, en el momento de la decisión, ya está tan purificado que ninguna traza de egoísmo le haga apetecibles las seductoras perspectivas de la bienaventuranza. Estas tentaciones son poderosas; en cambio, en el otro lado nada se presenta particularmente atractivo; nada apela aquí a su egoísmo.

Lo que el hombre obtiene en las regiones superiores del mundo suprasensible no es nada que afluya hacia él, sino que emana de él, es decir, el amor para con el mundo al que pertenece.

Nada le faltará en el sendero negro de cuanto el egoísmo pueda ansiar, antes al contrario, ya que este sendero satisface el más completo egoísmo y atraerá, sin duda, a aquellos que sólo busquen su felicidad personal puesto que para ellos es, efectivamente, el sendero apropiado.

Ninguno espere, por lo tanto, que los ocultistas del sendero blanco le den instrucciones para el desarrollo egoísta de su propio yo.

Ellos no tienen el menor interés por una felicidad individual que puede alcanzar cualquiera por sí mismo: no es su misión acortar el camino; la única preocupación de los ocultistas blancos es el desarrollo y la liberación de todo ser humano y de todas las criaturas que acompañan al hombre.

En consecuencia, sus instrucciones se vinculan tan sólo con el desarrollo de facultades que faciliten esa labor.

Es por esto que la devoción desinteresada y el propio sacrificio figuran por encima de todas las demás cualidades.

A nadie rechazan rotundamente, puesto que incluso el ser más egoísta puede purificarse; pero quien recurra a ellos en busca de provecho personal, no encontrará ayuda alguna, y el buscador mismo se privaría de los frutos que pudiera alcanzar, aun cuando ellos no dejaran de tenderle la mano.

Quien siga realmente los preceptos de los buenos instructores del ocultismo comprenderá, después de atravesar el umbral, las exigencias del gran guardián; en cambio, quien no los observe, no espere llegar a ese umbral.

Sus instrucciones, o bien serán de resultados benéficos, o bien no darán resultado alguno, ya que no pretenden guiar a los individuos a una felicidad egoísta o a una mera estancia en el mundo suprasensible.

Su misión implica desde un principio el mantener al discípulo distante del mundo suprasensible, hasta que pueda entrar en él en actitud de desinteresada colaboración.